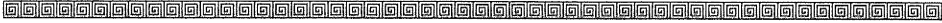


# **Rutilio, Romero, Alfonso Navarro y muchos otros. Una Iglesia de los pobres**



Después de haber recordado a Rutilio, recordamos ahora a Mons. Romero. Y después recordaremos a Alfonso Navarro, Octavio Ortiz y tantos otros sacerdotes, religiosas, laicos y laicas. Desde nuestra realidad eclesial actual vamos a recordar tres cosas para que nos sacudan y animen.

## **Una generación de mujeres y hombres recios**

Mons. Romero, y los mártires, impulsaron una tradición de cristianas y cristianos recios para estar a la altura de la dureza de la realidad, y eso con independencia de su temperamento. Hoy, el peligro para la Iglesia consiste en no asumir la realidad y su dureza.

Cuando los evangelios narran el comienzo de la misión de Jesús, lo hacen de esta manera: "Cuando metieron a Juan Bautista en la cárcel, marchó Jesús a Galilea y allí comenzó a anunciar el reino de Dios". Juan Bautista fue un recio profeta que denunciaba la vida inmoral de Herodes, y por ello fue encarcelado, y después asesinado. Pues

bien, Jesús de Nazaret, conocido por Herodes como perteneciente al grupo de Juan, comienza su misión precisamente en ese momento difícil, aparece como evangelizador compasivo, pero también como profeta recio. Lo mismo ocurrió aquí. Expulsado del país Mario Bernal, Rutilio pronuncia la homilía de Apopa. Asesinado Rutilio, comienza Mons. Romero. Asesinado Monseñor después del "en nombre de Dios, cese la represión" surge en plenitud Ignacio Ellacuría...

Mons. Romero expresa, pues, ante todo, una generación de hombres recios y de valerosas mujeres, como Silvia, Ticha, Ita, Maura... Y lo importante es recordar que esa reciedumbre no proviene del temperamento: Mons. Romero, y más Rutilio, eran de psicología débil. I. Ellacuría, por lo contrario, era de carácter sumamente fuerte. Maura era la expresión femenina de la ternura...

Eran recios para estar a la altura de la realidad y responder a una realidad dura y brutal. Por eso Rutilio hablaba de "caínes" y Mons. Romero bramaba contra los que "convirtieron a Aguilares en una cárcel y en un lugar de tortura". Eran recios también en su utopía, pues exigían nada menos que la vida fuese posible. "Una mesa para todos", soñaba Rutilio. "Sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor", soñaba Monseñor. "Hay que revertir la historia", soñaba Ellacuría. Y eran recios en aguantar un proceso que apuntaba a su propia muerte. "No vaya al Paisnal", le decían a Tilo. "No vaya a celebrar la misa en el hospitalito por la señora Sara", le decían a Monseñor. "No regreses a El Salvador", le decían a Ellacuría. ¿Necedad? Digamos, más bien, amor de hombres recios a sus hermanos y hermanas, los pobres.

## **Una generación que creía en la fecundidad del Evangelio**

Mons. Romero y los mártires creyeron en la fecundidad del evangelio para transformar a las personas y al país. En definitiva ofrecían a Dios y a su Cristo como lo mejor que tenían. El evangelio converge con las mejores esperanzas salvadoreñas, pero además ofrece "lo nuevo" suyo para humanizar en profundidad a los seres humanos. Hoy, muchos en la Iglesia nos quieren ofrecer el Evangelio como doctrina y código moral, no ya como buena noticia.

¡Horizontalistas, marxistas, liberacionistas, medellinistas, ateos...! les dijeron. Cuánta mentira para no aceptar lo evidente.

"Manteles largos, mesa común para todos, taburetes para todos. ¡Y Cristo en medio!". "Quien me diera, hermanos, que nos fuéramos a encontrar con Dios". "Se avizora la venida del Dios liberador". Estas son palabras de Rutilio, Romero y Ellacuría.

Estos hombres eran, pues, creyentes recios. Su fe convergía con los anhelos de los pobres y de las víctimas, pues Dios es "su" Dios, no el de poderosos y opulentos. "Algunos quieren un Dios de las nubes. Prefieren un Cristo mudo y sin boca, fabricado a nuestro propio antojo y según nuestros mezquinos intereses", decía Rutilio. "La gloria de Dios es que el pobre viva", decía Monseñor... Y su fe ofrecía el evangelio para humanizar a los pobres -y a todos- en profundidad: "Que el pueblo, también el organizado, esté imbuido del espíritu de las bienaventuranzas, que sean pobres con espíritu", decía Ellacuría.

Crear en el evangelio no es aceptar sin más un cúmulo de doctrinas ortodoxas y cumplir un cúmulo de mandatos obligatorios. Para esto están los textos del magisterio, los catecismos, los escritos de los teólogos, también, a su nivel. Creer en el evangelio es creer en el don y la gracia, en lo que nos viene de arriba, del Padre Celestial, y de lo que nos viene de abajo, de Jesús de Nazaret. Y es creer en la fecundidad de la palabra de Dios, de la palabra y de la vida de Jesús. Creer que la bondad, grande, honda, humana y divina, de Dios y de Jesús es contagiosa, nos cambia por dentro.

Un ejemplo tomado de Rutilio. "¡Les felicito, hermanos! Nos han dado una gran lección. Nos cuentan que en vez de ponerse a pelear con el hermano Pedro si la Virgen tuvo o no muchos hijos, si se puede comer gallina estrangulada o no, ustedes le ofrecieron su ayuda cuando le desalojaron. En su pobreza le han levantado el rancho y le ayudaron a trasladar sus tiliches".

Esta es la fecundidad del Evangelio. No es el evangelio como "doctrina" ni como ley, sino el evangelio como buena noticia, como gracia, como invitación a ser hermanos.

## **Una generación que construyó una Iglesia de los pobres**

Mons. Romero y los mártires se plantearon la cuestión fundamental para la Iglesia: ser pueblo de Dios, cuerpo eclesial, continuadores de la misión de Jesús, levadura en el país. Todo ello

desde los pobres, para los pobres y con los pobres en el centro de ella. Hoy, una parte de la Iglesia de los pobres desea configurarse -aunque fuese para hacer el bien- desde los poderosos y con los poderosos.

Los mártires estuvieron muy claros en esto, sin la casuística de si la opción era "preferencial" o no. Los pobres, por serlo, son los privilegiados de Dios y ellos deben configurar el todo de la Iglesia: su doctrina, su esperanza, su misión, su celebración.

Esto tomó cuerpo en las comunidades eclesiales de base, ciertamente con problemas, pero con logros mucho mayores. Esos cristianos y cristianas crecieron porque tenían la Biblia en sus manos y empezaron a hacer uso del primer y más importante derecho humano (religioso): comunicarse con Dios, sin que nadie desde fuera les impusiese esa relación más profunda del ser humano. Crecieron porque se comprometieron en el "mayor amor". Y crecieron porque fueron, ante todo, comunidad, comunión, eucaristía, mesa compartida.

Hoy en día, ni se habla ya de Iglesia de los pobres. Muy eficazmente, algunos miembros de la jerarquía buscan su relación más importante con los poderes de este mundo. Fomentan movimientos de gente pobre, o no muy pudiente, pero que no introducen a los cristianos en los conflictos de la realidad ni ponen en peligro la paz -aun con sus tintes de irrelevancia, tristeza y aun aburrimiento. Y toleran las sectas evangélicas porque, al fin y al cabo, cualquier cosa es mejor que las antiguas comunidades de base.

Una Iglesia de mártires tiene que ser Iglesia de los pobres. La necesitamos. Tenemos muchas cosas en contra, pero no partimos de cero. La tradición pervive en pequeñas o grandes cosas: la diócesis de Chalatenango se pronuncia públicamente ante los problemas del país y de la Iglesia; Mons. Rosa, Mons. Cabrera, Mons. Mojica dicen su palabra. Comunidades y grupos se siguen reuniendo alrededor de la vida y alrededor de la Biblia. Puede parecer poco, pero hay muchas más cosas de éstas. En cualquier caso está la tradición martirial. Y, por ser salvadoreña, no sólo eclesial, ojalá impregne y oriente la esperanza que ha surgido en muchos después de las elecciones.